

## COLIN

### Cuento

La hora de la pleamar estaba en todo su apogeo.

El mar, de un azul intenso, azotaba con su recio oleaje las costas rocosas que, cual fortificaciones de granito modeladas por la mano del Divino Artífice, servían de muro a la abierta playa.

La arena, argentada por los rayos de un sol de fuego, fingía reverberaciones áureas, y las conchas de mar, cual uñas sonrosadas de manos marfilinas, de mujeres hermosas, mostraban su corteza de nácar.

Unos arrapiezos curtidos por el sol saltaban sobre las ásperas peñas en busca de la codiciada

las barcas pescadoras con sus velas latinas, tendidas como una ala de ave gigante sobre el mar bogaban en dirección al puerto.

Entre aquellos gorriones de playa, descollaba un diablillo, Colín, un angelote de retablo que atraía las miradas de una mujer, humilde pescadora de rostro cetrino y ojos negros, intensos en el mirar, como avezados a profundizar el inmenso abismo que se extendía a sus pies.

Era la madre de Colín, que viuda y sin amparo, se dedicaba al oficio de vender pescado en la vecina ciudad, ocupación muy frecuente de las mujeres en la región de Asturias, España, y al efecto esperaba la vuelta de los que daban a ganar el pedazo de pan.

En tanto, el niño proseguía su feliz entretenimiento; su madre le contemplaba sonriente, con esa complacencia amorosa que puso Dios en el corazón de todas las madres para sus hijos, ya sean reinas, o humildes pescadoras.

Un clamoreo de los chiquillos sonoro como repique de campanas,

anunció la llegada de las barcas, que repletas del fruto de los mares venían con sus redes rebosantes, cabrilleando entre ellas, con celajes prismáticos la rica venta del día.

Los ventrudos besugos de ojos claros y exquisita carne, la merluza constelada de plata, el sonrosado salmón, constituían al magnífico bagaje de los pescadores.

Colín no descansaba en su infantil revoloteo. No bien echaron a la playa la preciosa carga, embarrancando las embarcaciones en la orilla, ya él no cabía en sí de gozo, y ora trepaba a las bordas, ora se arrastraba por la arena, retozando con la alegría pura del vivir, puesto que sus diez años, no era motivo suficiente aún, para hacerle sentir el peso de la vida.

De un lado para otro, iba afanoso. Desnudo en medio cuerpo arriba, parecía un cupido de bronce. Asechaba el bribonzuelo el momento oportuno de un descuido de los pescadores para consumir su travesura.

Creyéndose libre las miradas de los hombres, cogió a hurtadillas una regia merluza, y como pájaro que huye del plomo del cazador, echó a correr en dirección a la ciudad.

Pensaba venderla para sorprender a su madre con el producto de su venta. El intento era generoso, y a sus pocos años se ocultaba que aquella acción, era un delito.

¿Qué sabe el niño que refleja aún en sus ojos la aurora de los cielos, de los delitos del hombre? ¿Qué pasará bajo sus frentes nimbadas aún por el velo de la inocencia? ¿A qué pensamientos, ora luminosos, ora sombríos, que de llevarle su hermosa existencia, mezcla de pájaro y de ángel? El ignoraba el alcance del hecho que había cometido, según su criterio, era solo una travesura que su instinto le hacía ocultar,

pero que no debía tener más castigo que los azotes de su madre para que fuese bueno, y no lo hiciera más. Pero desgraciadamente, su acción no tuvo tan sencilla consecuencia.

Uno de los pescadores que estaba ojo avizor, le sorprendió en la fechoría, y hombre basto, recio y gañán, corrió con todos sus impulsos, detrás del rapazuelo, y alcanzándole, se abalanzó sobre la débil criatura, con tan mala suerte, que con un brusco movimiento del niño, por desasirse de sus férreas y toscas manazas, fué a dar con su cabecita de angelote de retablo sobre las rocosas y erizadas peñas que antes fueron testigos de sus inocentes juegos, cayendo herido y maltrecho.

Un grueso hilo de sangre surcaba la frente de Colín, sus labios palidieron y su cuerpecito de Cupido de bronce descansaba flácido sobre la arena.

Corrió la madre como leona herida, al ver a su querubín moribundo, se arrojó con ternura sobre él, llamándolo con los nombres más dulces, con esos mil nombres que inventan las madres para los pedazos de sus entrañas, pero el niño, agonizante ya, miraba con sus ojazos tiernos, agrandados por el dolor y donde se transparentaba su alma toda.

Incorporóse, y acariciando la cara de su madre, con vocecita ya débil y fatigosa, ahogada por el estertor, le dijo:

¡Madre, madrecita, no me riñas, que no lo volveré a hacer más;